



Guelia Marzikova, en la actualidad. Su foto con Stalin simbolizó la niñez feliz en brazos del dictador. La familia de Guelia fue, un año después de tomarse esta instantánea, deportada y asesinada.

STALIN Y GUELIA

KALÁSHNIKOV / DAVID KING COLLECTION / 1936

34

Ella asegura que ese día fue “la niña más feliz del mundo”. En las imágenes de archivo del Kremlin se la ve mientras da un beso, con el rostro feliz, al camarada Stalin, a quien acaba de entregar un enorme ramo de flores. La alegría frunce sus ojos rasgados de pequeña mongola, mientras el dictador la observa con mirada compasiva. “Clac”, hace Kalachnikov, que no sabe que acaba de captar una de las mejores imágenes de propaganda de la era estalinista.

Se llama Guelia Marzikova y ese famoso 7 de enero de 1936 tiene siete años. Josef Stalin gobierna como señor absoluto sobre las 11 repúblicas de la Unión Soviética. Guelia es la segunda hija de Ardan Marzikov, segundo secretario del Partido en la República de Mongolia-Buratia, y Dominica, estudiante de medicina en la Universidad de Moscú. Para celebrar los “logros de la revolución” en ese lejano territorio de la Unión, Stalin invita a una delegación de 67 personas al Kremlin. “Mi padre, por supuesto, formaba parte de la delegación”, relata Guelia, “y yo hice todo lo posible para acompañarle”. “¡Que vaya!

interviene su madre, “puede entregar unas flores al Guía del Partido”. Y Dominica se encarga de pedir dos ramos al director de un jardín botánico: uno para el mariscal Vorochilov, que, un año más tarde, realizará las grandes purgas dentro del Ejército Rojo, y otro para Stalin, ídolo absoluto de la familia Marzikov.

Sin embargo, bajo los artesanos del Kremlin, Guelia se aburre. La pequeña decide desafiar el protocolo y se levanta en pleno discurso de una koljosiana que lee torpemente las conquistas de su organización. “Quiero ver a Stalin”, clama la chiquilla mientras se desliza detrás de la presidencia con sus ramos en la mano.

“Stalin se volvió y sonrió”, cuenta en la actualidad. “Me puso encima de la mesa, y yo me reí llena de felicidad”. Después, la niña recita un texto en nombre de todos los niños de la República buriata: “Era un sueño”, recuerda. “Era imposible imaginar la pesadilla que vendría después”.

Para la pequeña Guelia, la velada acaba en apoteosis total, cuando Stalin le da dos

regalos: una caja roja con la inscripción “a Guelia Marzikova, de parte del Guía del Partido”, y que contiene un “suntuoso reloj de oro”, y un tocadiscos. Al día siguiente, la foto de Kalachnikov aparece en primera plana de todos los periódicos. Muy pronto se hacen millones de copias del cliché que se reproducen en carteles, tarjetas postales o libros escolares. “Esta foto marcó a mi generación”, relata el historiador ruso Edouard Radzinsky, “la propaganda la utilizó para simbolizar la política de Stalin en relación con la infancia. Se ve bien que la niña no es rusa”, destaca Edouard Radzinsky, “y es un dato muy importante, en un momento en el que se estaba consolidando por la fuerza una Unión de repúblicas de orígenes culturales y étnicos muy distintos”.

Para la pequeña mongola, el sueño dura muy poco. Un año después, las purgas llegan a la República buriata. El 11 de diciembre de 1937, el padre de Guelia es detenido por haber hecho “preparativos para el asesinato de Stalin”.

Dominica acude al NKVD –antecedente del KGB– para informarse sobre su marido.

Le responden que ha sido condenado a 10 años de *gulag* sin derecho a mantener correspondencia. A Dominica la encarcelan y, posteriormente, la deportan a Turquestán. En noviembre de 1940 Guelia encuentra a su madre con la garganta cortada, en el hospital pediátrico en el que trabaja. Oficialmente se ha “suicidado”. Guelia no descubre la verdad hasta 1996, cuando consulta los archivos del KGB. En el expediente, de 800 páginas, descubre un mensaje enviado a Moscú por el jefe del NKGB de Turquestán, en el que pregunta qué debe hacer con “la exiliada Dominica Marzikova, que conserva la foto de su hija con Stalin, una cosa de la que podría jactarse”. La respuesta, escrita con lápiz azul sobre el mismo mensaje, carece de ambigüedades: “Suprimir”. “Cuando pienso que el día que él murió, en marzo de 1953, lloré...”, susurra Guelia. “Yo simbolicé, en sus brazos, a la infancia feliz, y ese monstruo hizo que perdiera mi propia infancia...”.

TEXTO: MARIE-MONIQUE ROBIN / CAPA